

En las calles no se veían más que fogatas de diez en diez varas; haciendo fumigaciones higiénicas; los cadáveres estaban tendidos en las banquetas.

Los habitantes estaban encerrados en sus casas, unos para llorar las pérdidas que habían sufrido, y otros para no presenciar los espectáculos de horror en la inhumación de los cadáveres practicada en los escombros de la *Colecturía*.

Los carros cargados con los restos mutilados atravesaban por las calles, empozoñando la atmósfera con los miasmas y exhalaciones.

El aire era tan fétido, que los transeuntes llevaban los pañuelos empapados en vinagre para evitar el contagio.

Las casas contiguas á la *Colecturía* estaban en ruinas y sus paredes manchadas de sangre.

Más de quinientas personas de la población habían sucumbido.

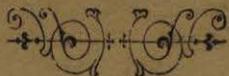
He aquí la espantosa cifra que arroja esa catástrofe; una de las más notables habidas en América durante los sesenta y dos años corridos del siglo XIX.

De mil trescientos veintidós soldados, se salvaron ¡ciento veintiocho!

Pecieron cuatrocientas setenta y cinco mujeres de los soldados, treinta y tantas vendimieras que estaban dentro del edificio: el número de los niños no puede saberse con exactitud.

El general Zaragoza recibió el *parte*, y las manos de ese hombre tan valiente no pudieron sostener aquella carta fatal, en que se le anunciaba la muerte de sus soldados más queridos.

Agitado, lleno de pesadumbre, montó en su caballo y se dirigió á escape, seguido de su estado mayor, al lugar de la catástrofe, como si sus secretas lágrimas pudieran volverles la existencia á aquellos valientes que lo habían acompañado tantas veces, y á quienes había saludado victoriosos en la arena de los combates.



## CAPITULO XI.

DE COMO EL DESTINO ES UNA ESPECIE DE SERPIENTE QUE  
ATRAE Á LOS HOMBRES COMO UN PAJARILLO.

## I.

Doña Blanca de Montemolín continuaba en su ostentación de lujo y de riqueza bajo el nombre de Amalia Brown, y sus tertulias estaban de moda.

El mundo elegante concurría á los continuos saraos y doña Blanca era la reina por la galantería y la belleza.

Aquella sociedad no adivinaba tras la mirada ardiente de la joven una existencia amarga y desconsoladora, no veía tras de la sonrisa encantadora de aquella mujer, que su alma se moría de pesares y de tristeza.

Sólo el fuego siempre encendido de la ambición sostenía á ese espíritu, sobre el cual tendía sus alas el genio de las sombras y de la muerte.

Doña Blanca estaba profundamente enamorada de don Fernando y herida por la burla del conde al escaparse de su casa.

La reacción de aquella terrible cólera era una oleada de pasión inmensa.

Perdonaba á su amante el haberla engañado, encontraba en la situación de quiebra y bancarrota el *por qué* de aquella negra ingratitud, y sin querer sospechaba en el iris desvanecido de su esperanza.

Todo lo que rodeaba aquella situación era tristísimo: ya hemos dicho que ni Cabrera ni don Juan de Borbón consentirían en el enlace de doña Blanca; pero la fatalidad arrastra siempre el corazón hacia el abismo de lo imposible. La desgraciada joven, presa de las contrariedades y dotada de una alma indomable, sufría un tormento terrible. Había acabado por entregarse en brazos de su destino sin procurar defenderse; pero con el ánimo de hacerse terrible en un momento de desesperación y de orgullo. Sólo un lado vulnerable quedaba en aquel corazón tan combatido y era el de la ambición, foco de sus aspiraciones y punto objetivo para la realización de todos sus sueños. Envuelta en el atavío de la corriente humana, no percibía cuan quiméricas eran sus esperanzas, toda vez que se fijasen en la balanza siempre oscilante de la política.

La candidatura de don Juan había caído en desuso; pero la joven no lo comprendía, porque los partidarios de Borbón soñaban á la par que la condesa de Montemolín. Suponer que la Europa se armaba en filibusterismo para traerle al trono de México y ofrecer un imperio en son de homenaje á su nombre y á su casa, era el delirio más completo. Los acontecimientos se sucedían y bien pronto el sol resplandeciente de la verdad lanzaría llamas sobre los edificios levantados á la quimera y á la locura.

## II.

La noche del veintiuno de Marzo de 862, ese año que vamos corriendo llenos de vicisitudes y del cual se ha apoderado la historia día por día, la noble hija de Montemolín estaba en su aposento leyendo una correspondencia interesante del extranjero. A cada momento volvía con inquietud la vista hacia la puerta de entrada, y á cada eco y cada movimiento prestaba la mayor atención. La puerta se abrió, y un caballero cubierto aún con el polvo del camino entró en la estancia.

—Manzanedo, dijo la condesa, oparentando la más perfecta tranquilidad; leía en este instante el parte telegráfico en que me anunciabas tu regreso á la capital.

—La señora condesa me tiene á sus órdenes.

—Deseo vivamente que me des noticias del campo; corren tantas versiones que verdaderamente estoy inquieta.

—La convención de Londres está al romperse, todo augurar una próxima quiebra entre las naciones aliadas.

—¿Y qué la motiva?

—Mil incidentes, entre ellos la llegada de Miramón y Almonte.

—Cuenta, cuenta, Manzanedo, tú has sido testigo presencial y podrás decirme la verdad de lo ocurrido.

—El 27 del pasado llegó el general Miramón en el vapor inglés y el almirante trató de cobrarle el saqueo de los fondos de la convención en los últimos días de su gobierno; quería enviarlo á Inglaterra para que fuese juzgado.

—Los ingleses son implacables

—Los plenipotenciarios manifestaron que estando bajo el pabellón británico, se limitaban á recomendarle para que se le dejase en libertad bajo la condición de reembarcarse en el acto. Dunlop notificó al general Miramón que tornase en el mismo buque á la Habana.

—Enemigo menos, Manzanedo.

—Sí, el general es atrevido, y vendría en pos de la presidencia.

—No hubiera sido difícil que lo eligieran como el campeón de una revuelta para dar alguna legitimidad al nuevo gobierno que se instalase, toda vez que se viene proclamando algo mexicano.

—Ya le tenemos fuera del círculo.

—Más terrible es ese general Robles Pezuela á quien esperan con ansia en el campo intervencionista; parece hombre de un gran prestigio tanto en América como en Europa.

—Sí, dijo la Condesa, de toda esa pléyade que se ha adherido á la intervención, sólo el general Robles vale la pena, los demás no me causan inquietud alguna.

—Almonte á pesar de fingirse proscripto que torna á la sombra de la bandera francesa, parece que se halla en inteligencias con el gobierno de las Tullerías.

—Lo sé perfectamente.

—Ha estado en Viena y es partidario del archiduque Maximiliano.

—El archiduque ha contestado de una manera particular.

—No conozco ese documento.

—Pretende el hermano de José II conservar sus derechos de agnación al trono de Austria, alega que los hijos del emperador son unos niños raquíuticos y llevan el germen de la *tísis*, enfermedad de que adolece la emperatriz de Austria.

—Ese fallo no ha debido ser del agrado de SS. MM.

—Ya lo creo, no pasa de una apreciación sin sentido, yo creo que José II consentirá en todo por alejar á Maximiliano, que cuenta con alguna popularidad entre los austriacos; pero eso sería falsear el plan de Iguala que expresamente llama á un Borbón al trono de México.

—Nuestro derecho es indisputable.

—Almonte nada podrá si la España no ceja en su candidatura.

—Señora, yo estoy fuera de mí al ver la conducta de los aliados, todas sus palabras contradicen el pensamiento de la convención de Londres.

—Como los hechos no la desmientan.

—Los bonos de Jecker son la piedra de toque, y la llegada de Almonte ha puesto de peor condición el estado de las negociaciones.

—¿Pero tú tan dueho en cuestiones políticas, nada adivinas, nada percibes?

—Es tan manifiesto el desacuerdo de los plenipotenciarios, que tras ese disgusto no percibo sino un rompimiento, un escándalo, un espectáculo grotesco ante el mundo entero.

—¿Nuestros agentes se mueven en esta lucha?

—No habéis nada, Condesa, estoy aterrizado, las pesadillas me siguen aun despierto.

—Jamás te he visto tan alarmado.

—Oídme, Doña Blanca: entre los agentes más terribles de este negocio y con quien nos hemos puesto en contacto hasta la última hora, se encuentra un hombre terrible, capaz de todos los crímenes y de todos los hechos heroicos.

—¿Quién es ese hombre, Manzanedo?

—El Conde de Jaral.

Estremeciéndose la joven, y el antiguo secretario del Conde de Morella al apercibirse de su alteración, la dijo sóbriamente:

—Teneis razón Doña Blanca, de aterrizaros; si os hubiérais acercado una vez á ese hombre estaríais bajo su influencia magnética.

—¿Le conoces?

—Voy á revelaros un secreto horroroso, un secreto terrible.

—¡Habla, habla, por compasión!

—Pues bien, ¿estais segura de que estamos sólos?

—Enteramente.

Manzanedo después de registrar el aposento con una mirada indagadora, se acercó á la joven y con voz ronca y concentrada la dijo:

—¿Habeis oído contar los horrores del incendio de San Andrés Chalchicomula?

—Sí.

—Pues todo lo dicho, es un cuadro descolorido ante la realidad, un cuadro con tintes pálidos.

—¿Y bien?

—Pues aquella catástrofe no es un aborto de la casualidad.

—Continúa, dijo con ansiedad la Condesa.

—Oídme y olvidad mis palabras: "Don Fernando fué el que puso fuego con su mano atrevida, en la pólvora de la *Colecturía*."

—¡Jesucristo! exclamó la condesa, y se cubrió el rostro con las manos.

—Yo he recorrido, continuó Manzanedo, aquel campo de muerte; los troncos mutilados, sin forma humana, estaban esparcidos por las calles, y las cabezas con los rostros ennegrecidos por el fuego con un gesto imponente de desesperación; me parecían que de sus labios se desprendían maldiciones espantosas!

—¡Calla! ¡calla! murmuraba Doña Blanca.

—La senda que atravesamos está llena de sangre y de cadáveres.

—¡Esto es espantoso!

—Señora, yo os confieso que desde entonces mi existencia

está poblada de sombras, que mis vigiliass están llenas de fantasmas y..... que tengo remordimientos..... remordimientos espantosos!

En aquellos momentos anunció el telégrafo de la estancia que alguien estaba en la antesala.

Levantóse Doña Blanca y abrió la puerta con recato.

Un criado le presentó un parte telegráfico.

La joven rompió el sobre y leyó aquellos renglones que debían encerrar algo terrible, porque Doña Blanca se desplomó en el sillón dando un agudo grito.

## III.

El general Robles Pezuela, confinado por el xicano al extranjero, se dirigía en mal hora rumbo á Orizaba para presentarse como representante de la reacción en el campo de los aliados.

Ya hemos expuesto las ideas de Robles al aceptar el pensamiento de la intervención.

Hay un velo delante del porvenir, que al correrse por la mano del destino puede desarrollar ante nuestra vista un paraíso á toda la deformidad de un abismo.

El 22 de Marzo, después del incendio de San Andrés Chalchicomula, y al amanecer de ese día aciago, llegaba el general Robles Pezuela al pueblo de Tuxtlapec en compañía de algunos jefes amigos suyos, que lo acompañaban al campo de los extranjeros.

—Si caminamos algo de prisa, decía uno de los jefes, llegaremos mañana á Orizaba.

—Estoy profundamente inquieto, temo que alguna guerrilla pueda aprehendernos.

—Están demasiado desmoralizados para pensar en semejantes cosas; además que la persona de usted es muy respetable para que se pretenda un acto de barbarie.

—Eso no me tranquiliza, porque en las fiebres revolucionarias no se conocen los diques ni se respeta nada.

—En ese caso moriremos con usted, mi general.

Robles no contestó, porque sabía como hombre de mundo que las ofertas se olvidan á la hora del peligro.

—Soy de parecer que ustedes no entren al pueblo, porque nos haremos sospechosos.

—Mi general, yo conozco á todas las personas de Tuxtlapec y nada tenemos que temer.

—Amigos, la prudencia nunca está de más.

—Partiremos la misma suerte.

—Sea, pues ustedes lo quieren, dijo Robles, y se entró en el pueblo seguido de sus compañeros.

## IV.

En las pequeñas poblaciones nada pasa desapercibido; parece que todos los habitantes están en continua vigilia, a menor ruido asoman las narices por un postigo ó se adelantan á una boca-calle, ó se escurren por una acera.

Los pueblos parecen abandonados ya á las oraciones de la noche, pues hasta las luces desaparecen; pero al día siguiente hay una crónica verdaderamente divertida. Se sabe que el boticario al saltar la tapia de una viuda se rompió las narices. Los vecinos ocurrieron á practicar *vista de ojos* en el cercado.

Se murmura muy por lo bajo que el señor cura tuvo reyerita con la señora que lo atiende en la casa cural. Los vecinos van á misa con el objeto de ver si el párroco oficia de mal humor ó tiene algún moretón en el carrillo.

Se habla de que la autoridad tuvo denuncia del robo de una muchacha. Los vecinos visitan al regidor que tiene la hija más bonita para indagar si fué la robada, y así sucesivamente.

En las poblaciones pequeñas no hay nada oculto; las familias, por lo regular, aunque se hallan entroncadas, se dividen en dos bandos, donde predomina el espíritu de odio personal que á la funesta sombra del de partido produce choques terribles, y en tiempos de calma, chismes, y cuentos divertidísimos.

Esto pasa también en las ciudades, no sólo de México sino del mundo entero, según el temperamento y costumbres de los habitantes.

Volvamos á Toxtepec, donde entra la caravana de Robles á tomar descanso para continuar su peregrinación á Orizaba.

Antes de amanecer, ya los vecinos han comenzado á aparecer como sombras á las puertas de sus casas, y los más curiosos notan que hay gente de tránsito en el pueblo.

—Amigo Don Timoteo, me parece que tenemos gente de fuera, decía un parroquiano al dueño de la tienda *mestiza*

—Sí, yo he visto atravesar á unos señores con dos criados.

—Me parecen señores particulares.

—No es extraño, el general Arteaga se encuentra de paso y vendrán á pedirle escolta.

—Puede ser, pero entran muy recatados.

—Así me ha parecido.

—Ya veremos más tarde.

—¿Y qué se dice de abajo? (abajo es todo el rumbo de Veracruz, descendiendo la mesa central.)

Los extranjeros han entrado en pleito y esto nos conviene.

—Hace algunos días bajé á Orizaba nomás por conocer al ejército; un español llamado Pascasio Mojarra me habló de desertarse, y lo espero de un momento á otro.

—¿Pues que, esos soldados se desertan?

—Amigo, lo mismo que en todas partes; si por allá no lo hacen con tanta frecuencia, es porque con el telégrafo y los ferrocarriles los atrapan luego, luego.

Acercóse otro de los vecinos á la reunión.

—Qué hay de nuevo, señor Pérez.

—Nada, ya saben que yo nunca me meto en camisa de once varas, pero se dice en la población que ha llegado el general Robles Pezuela.

—Lo dicho, amigo mío.

—Ya lo sabíamos nosotros.

—¿Y cómo se atreverá á presentarse por estos pueblos después de.....

—Yo digo lo que me cuentan, me lavo las manos.

La noticia cundió instantáneamente y la autoridad se presentó en la casa de Robles y le intimó á prisión.

Los dos personajes que lo acompañaban, oyeron la voz del alcalde y saltando las tapias huyeron, no obstante aquello de *moriremos juntos*.

El general Robles fué presentado al general Arteaga, que avisó por extraordinario violento al general Zaragoza, mientras conducía personalmente al prisionero á la ciudad de San Andrés Chalchicomula.

## V

En una casa que dista cuadra y media de la iglesia de esa ciudad de San Andrés, donde el lector acaba de presenciar la catástrofe del incendio, fué puesto en guarda Robles Pezuela.

El general Arteaga recibió un parte, en el que se le ordenaba que identificada que fuese la persona del general Robles, lo pasase por las armas.

Procedióse á una sustanciación violenta, y la sentencia de muerte fué comunicada al reo la tarde del 22 de Marzo.

Robles no creyó en su muerte, le parecía una quimera la realidad de esa sentencia.

El peor lugar para la aprehensión de Robles, era el distrito en que se encontraba.

Aquellos pueblos conservaban fresca la memoria del incendio de Tlacolulan, ordenado por Robles, y el saqueo y los asesinatos consumados por su división.

El general había satisfecho sus rencores políticos en aquella población, donde los progresistas hallaban siempre refugio.

Tlacolulan fué entregado á las llamas, y las víctimas lloraban aún sus deudos delante de las ruinas calcinadas de sus hogares.

El bombardeo de Veracruz, ese atentado de barbarie, fué consumado por Robles que acompañaba á Miramón en el último sitio.

Robles tenía un anatema que le alcanzaba en aquellos momentos.

Hemos dicho que la última notificación la había recibido con perfecta tranquilidad.

El confesor entró en la capilla.

—Señor general, dijo el sacerdote, nuestra misión, por penosa que sea, tenemos que aceptarla, y yo vengo á exhortar al hombre de sentimientos cristianos á que se disponga á ese trance al que tenemos de llegar.

Padre, contestó Robles, se trata de intimidarme y nada más, con un aparato.

—Es que todo está dispuesto para la ejecución.

—A un hombre que ha llegado á mi altura, no se le mata de una manera tan violenta.

—Señor general, se está usted haciendo la última ilusión.

—La sociedad de México se conmovería con mi muerte; y al gobierno no le conviene una ostentación de sangre delante de los aliados.

—Señor, yo insisto en decir á usted que es un negocio resuelto.

—No lo puedo creer: no obstante, he pedido una entrevista al general Arteaga.

El sacerdote no quiso insistir.

El día avanzaba violentamente y la noche entraba, sin inquietar á Robles, que no creía en la terrible certeza de su muerte.

A las tres de la mañana tornó á aparecer el sacerdote en la capilla.

—Señor general, dijo conmovido, la tropa está designada y faltan muy pocas horas para la ejecución.

—Insisto en mi primera idea.

—Pues bien, señor, el general Arteaga me ha dicho que os convenza de que la sentencia será ejecutada.

—El general Arteaga no intentará jamás contra mi existencia.

—Es que Arteaga no es el que ordena, sino el que ejecuta el mandato del general Zaragoza.

Robles Pezuela se estremeció.

Aquel corazón había perdido su última esperanza.

—¡Zaragoza! murmuró Robles, y después recobrando ese valor y serenidad que lo acompañó hasta sus últimos momentos, pidió papel y pluma y escribió la siguiente carta, que nosotros no queremos dispensarnos de transcribir á la letra, porque es la declaración de un hombre ante el tribunal de la historia.

“En los momentos en que voy á morir, por una disposición del Señor general Zaragoza, fundada en que tiene indicios de que soy traidor á la patria, creo que cumplo con un deber manifestándoo en pocas palabras mis sentimientos y mis convicciones. Espero que será creído un hombre que habla al borde del sepulcro; que durante su vida dió algunas pruebas de sincero patriotismo; que atravesó nuestras borrascas revolucionarias sin enriquecerse ni mandar derramar sangre por causas políticas; que buscó siempre la paz y la conciliación entre los mexicanos, y que ha hecho y hacía en estos momentos, cuantos esfuerzos han estado á su alcance para contener los horrores que está sufriendo el país. Yo no soy traidor ni cedo á nadie en patriotismo ni en el deseo de bienestar del pueblo á que pertenezco. La experiencia y la reflexión me han convencido, sí, de que en nuestro estado de demoralización y desorden, ya no podemos atajar el mal por nuestros propios esfuerzos. Creo que nuestro único remedio consiste en aprovechar los ofrecimientos que hoy nos hacen las naciones europeas, y constituir un gobierno de moralidad y orden, un gobierno nacional y justo, al derredor del cual puedan agruparse todos los buenos ciudadanos; olvidando sus rencores y pasiones. Si esos ofrecimientos no se aprovechan, ó desgraciadamente no fuesen sinceros ó eficaces, ya no hay salvación posible para nuestra infortunada patria, volverá á la barbarie, y su territorio será ocupado por el pueblo que lo codicia, sin simpatía alguna por las razas que lo pueblan. Yo iba á procurar cerciorarme de cuáles son las verdaderas disposiciones de los gobiernos europeos, antes de tomar parte activa en los negocios. Este es mi delito: si por él merezco la muerte, justa es la disposición del señor Zaragoza que va á privarme de la existencia.—Mexicanos: oidme. No son los desórdenes, el pillaje, los ataques á la religión del país, y las sangrientas ejecuciones, los medios que han de salvar á la patria. Yo he visto pueblos muy distintos vivir felices bajo formas de gobierno muy diferente; pero ninguno puede serlo sin orden, sin verdadera libertad y sin que los habitantes disfruten en sus personas y propiedades las garantías que forman la esencia y el objeto de las sociedades. No dirijo reproches á ninguno de los partidos; hablo con sinceridad á todos los mexicanos. Olvidad todo sentimiento de odio ó de

venganza: perdonaos unos á otros como yo perdono á los que van á derramar mi sangre; y quiera el Todopoderoso, ante quien voy á comparecer, que sea yo la última víctima de nuestras discordias.

“San Andrés Chalchicomula, Marzo 22 de 1862.—*Manuel Robles Pezuela.*”

Luego que acabó de escribir se arrodilló á los piés del sacerdote y cerró sus cuentas con la tierra para tocar los puertas de la eternidad.

## VI.

A las seis de la mañana el jefe de la escolta le previno que lo siguiera porque la hora había sonado.

Robles estaba perfectamente tranquilo, sacó su reloj y le dijo al oficial:

— Conserve usted este recuerdo.

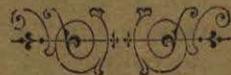
El lugar del suplicio era el costado de la iglesia. Robles llegó con paso firme, rehusó hincarse y vendar sus ojos; quería ver la luz hasta el último instante.

Aquel hombre que había desafiado á la muerte tantas ocasiones, se mostraba al frente de ella con una ostentación heroica de valor reconocido.

Adelantó un paso hacia la línea luego que las armas se tendieron sobre él, se avanzó á la tumba con serenidad, y cayó atravesado por las balas, revolcándose en su sangre que brotaba en torrentes de su pecho.

Las campanas de la iglesia de Chalchicomula anunciaron á la ciudad con su tañir lúgubre, que el general Robles había dejado la vida mortal y atravesaba, impulsado por los hombres, los dinteles de la eternidad.

Aquellos restos mutilados descansan en un rincón del cementerio de San Andrés, y el nombre de Don Manuel Robles Pezuela queda sobre el cadalso aguardando el inexorable fallo del porvenir.



## CAPITULO XII.

DONDE SE TRATA DE LOS PERCANCES QUE SUFRE EL PRIMER INTRODUTOR DE UNA MODA.

## I.

Diremos algunas palabras sobre dos de los personajes de nuestra novela.

Desde la fuga de Isabel Torre-Mellada, la amistad añeja de Felipe Cuevas y Santiago González, rota momentaneamente por aquel antagonismo amoroso, tornó á reanudarse con más fuerza.

Aquellos dos estudiantes dividían el pan de la desgracia con una abnegación sin límites.

Felipe Cuevas, fiel á sus tradiciones de Nueva York, recordaba que cinco meses había tenido que hacerle el amor á una vieja para que le suministrase algunas papas y lonjas de jamón, del que le sobraba en su Boarding House.

Santiago no era tan afortunado, siempre había comido con el *sudor de la frente*, como reza la maldición que cae á plomo sobre los hombres, con la diferencia, como decía el estudiante, de que otros habían *sudado* para que él comiese. Eso no importaba, la humanidad es toda una, y da lo mismo que sea Juan ó Pedro el que sude.

Agobiados los dos compañeros por la pobreza, les vino de *perilla* la guerra extranjera, que al fin no hay mal que por bien no venga, como dicen las viejas, apóstoles de la experiencia.

Los estudiantes se presentaron en la oficina del cuerpo médico al Sr. Navarro.

Este doctor es un hombre de grandes conocimientos y de una inteligencia clarísima, ha figurado tanto en el mundo médico como en el político, aunque con alguna desgracia en el segundo.

Luego que el doctor vió á los desarrapados estudiantes, tuvo por ellos un rasgo de simpatía.

Acercóse el ceremonioso Felipe Cuevas y dijo en tono de proclama:

— Señor director: las circunstancias crítico políticas por que atraviesa el mundo de Colón, hacen patente y manifiesta la necesidad quirúrgica de los hijos de Hipócrates y de Galeno.

El doctor comenzó á sonreírse.

Felipe no se intimidó por aquel síntoma de burla, que tomó por signo de aprobación.

—Decía continuó con énfasis, que este sujeto que me acompaña, que no es otro que el conocido Santiago González, y yo, deseamos ser colocados en esa avalancha patriótica que con bisturi en mano, va á ejercer el sacerdocio de la medicina á los campos ensangretados de la lucha internacional!

El doctor no pudo contener la risa y dijo al estudiante:

—Si amputan ustedes con la facilidad con que discurren, decididamente son unas notabilidades.

—Poco más ó menos, respondió socarronamente Santiago González.

Los estudiantes fueron inscritos en el cuerpo médico en calidad de ayudantes, lo que en término de *albañil* equivale á *media cuchara*.

Apoyados en el *presupuesto*, se dirigieron á una sastrería á que les hiciesen un uniforme.

El sastre era en su especie otra media cuchara y cortó unas levitas admirables.

Los compañeros esperaron con ansia la llegada de sus trajes.

Pasaron quince días mortales, en que recibió el sastre cinco recados por día, en que le ponderaban la urgencia y sobre todo la necesidad de partir al ejército de Oriente en gran *tenu*; como diría un dandy.

Asomó la aurora de un domingo y el barrilete se presentó en el chiribitil de los estudiantes.

Trabajo le costó á la parte científica del establecimiento creer que los estudiantes eran los dueños de los trajes; estuvo á punto de pedirles la fé de bautismo.

Después de una averiguación concienzuda y previo papel de conocimiento del casero, entregó no sin recelo las piezas de ropa.

Los estudiantes se acicalaron.

Felipe fué el primero en rasurarse, mientras Santiago esperaba lleno de impaciencia que su compañero soltase la única navaja.

Cuando ya González creía que su amigo había terminado, observó que se cortaba los callos.

—¡Bárbaro! exclamó, vas á matar el filo y no podré rasurarme.

—Tienes razón, lo que siento es que ya van tres que corto.

—¡Eso es estúpido!

Tomó en seguida la navaja y conoció prácticamente que no estaba útil para el objeto.

Dióse cuatro cortadas y diez raspones, acompañados de palabras *fuertes*.

—Pongámonos la ropa, dijo al fin arrojando la navaja.

Felipe Cuevas se caló los pantalones y quedó tan perfecta-

mente envainado como una culebra, sin poder hacer movimiento alguno.

Santiago se puso la levita, que adolecía del extremo opuesto.

En aquel uniforme cabía todo el colegio de medicina.

—¡Estoy divertido!

—Estoy apresado, respondió Cuevas, han equivocado las medidas, esta levita es para el doctor Guapillo.

—Y estos pantalones para Hidalgo Carpio.

Salgamos de esta prensa, dijo Felipe, y á fuerza de tirar logró salir sano y salvo de sus pantalones.

Santiago se deslizó de la levita y los pobres estudiantes se cruzaron de brazos y se vieron de hito en hito.

El sastre agregó de latitud á los pantalones lo que sobraba en longitud á la levita, y todo quedó á pedir de boca.

A los pocos días los estudiantes marcharon á incorporarse al ejército de Oriente en espera de miembros que amputar.

Los estudiantes se habían portado como unos héroes la noche del incendio en Chalchicomula: arrojados, valientes, entusiastas, habían atravesado entre los encendidos maderos y los escombros candentes para salvar á las víctimas.

El general estaba satisfecho del cuerpo médico del ejército.

## II

Cuevas y González sentaron sus reales en San Andrés, y como gente de pró, buscaron desde luego un alojamiento digno de su representación en el ejército, tomaron el mejor cuarto del hospital y se abonaron en una fonda que existe aún en uno de los suburbios de la ciudad.

La patrona era mujer obesa, mal encarada, bien vestida, buena servidora y excelente cobradora.

Esta última parte no era muy del agrado de los estudiantes.

Los amigos tomaron la fonda por asalto y abrieron cuenta con Doña Bárbara, que así se llamaba la respetable dueña del establecimiento.

Felipe Cuevas, que se jactaba de galanteador, comenzaba de una manera tímida á hacerle el amor.

Doña Bárbara se dejaba galantear del estudiante, pero guardándole una fe ciega á su esposo, un tal Don Córpuz, veracruzano y contrabandista de cuenta.

—Señora, dijo Felipe Cuevas, usted como partidaria de la República y elemento de alimentación del ejército de Oriente, debía usar un traje adecuado.

—Creo que no estoy mal con el que llevo.

—Seguramente que no, pero aunque somos enemigos de los franceses, no sería malo aceptar sus trajes, usos y costumbres en el ejército.

—A qué se refiere usted, hombre de Dios?

—Además, continuó el imperturbable Felipe Cuevas, que va usted á hacer un negocio loco, lo menos cien pesos diarios de ganancia como se sirva bien á la tropa.

—¿De qué servicio habla usted?

—Del ya referido de alimentación.

—Para ese tengo esta fonda.

—Para que me comprenda usted con claridad, le diré á usted en dos palabras, que si usted se hiciera la sola y única cantinera, á los pocos meses se hacía usted poderosa.

Púsose á reflexionar la obesa fondista y el cebo de la ganancia absorbió su sentimiento rentístico.

—¿Y qué hay que hacer para ello? preguntó con avidez.

—Es muy sencillo, respondió González, que comprendió el pensamiento de su amigo: se viste usted con la casaquita de la cantinera, su gorrita de cuartel, la caramañola y el pantalón colorado, y héte aquí una guapa moza que vende todos sus efectos y es ídolo del ejército.

—¿Y ese traje cuesta mucho dinero?

—No, yo me encargo de la habilitación por cuenta del abono, dijo González.

—Y yo de cortar el traje, tengo en ello mucha experiencia, añadió Felipe.

Fascinose Doña Bárbara con la perspectiva del dinero y acaso de las aventuras, y se decidió á ser la *cantiniere* del ejército de Oriente.

Los estudiantes compraron tela encarnada y azul, botones dorados, cordones y otros útiles para el traje de Doña Bárbara.

—Señora, decía Felipe, préstenos usted papel para sacar los moldes.

La fondera tenía en pliegos cuádruples la Constitución de 57, pero tenía escrúpulo en darlos para semejante abuso.

—Nada importa; decía Santiago González, esto no es una profanación, yo he visto rotas otras piezas más delicadas y nadie ha reparado.

Procedióse á sacar los moldes.

—En la espalda ha quedado la ley de *amparo*, exclamó Felipe.

—Y en la parte delantera las *garantías del hombre*.

—Y en el estómago la *tolerancia de cultos*!

El sagrado código reproducido en catorce ejemplares formó el *modelo* para el traje de la cantinera.

Después de medir las distancias de la señora y las partes

entrantes y salientes de aquella esfera humana, el traje se concluyó y los estudiantes llevaron á la fonda el uniforme.

La infeliz señora se resistía algo, pero los pinches de la cocina y los marchantes que pedían fiado, aseguraron que aquel traje le sentaba á las mil maravillas. Las carnes de Doña Bárbara se ajustaron á la piqueta, y su fisonomía tomó el aspecto de un tambor mayor. Descubrióse que el perímetro de la fondera tenía dos varas corridas.

Púsose los calzones colorados y dejó ver dos piés deformes como conchas de galápagos, revestidos de *babuchas*.

Calóse la gorrita, ajustóse la caramañola y ..... ya la podían quemar el *sábado de gloria*, porque estaba infernal la detestable vieja.

La gente del barrio acudió á la puerta de la fonda, y el que ménos decía preguntaba con admiración ¿cómo se llamaría ese animal?

¡Ya los hipopótamos se hacen soldados! añadía otro.

—¿Qué?, ese fenómeno es la intervención? agregaba un tercero.

—¿Traería en el vientre las escuadras?

Y otras bromas por este estilo.

Los estudiantes contenían la risa hasta reventar, sin atreverse á levantar la vista y dar el traste con su obra.

### III.

Doña Bárbara comenzaba á creer que estaba encantadora, cuando Don Córpus el contrabandista se descolgó como llovido del cielo, y se presentó en escena cuando ménos se le esperaba.

Los estudiantes, por un movimiento instintivo, se metieron debajo de la mesa, los marchantes se replegaron, los cocineros se deslizaron, y el público se quedó en espera de lo que iba á acontecer.

La fondista no atinó ni á quitarse la gorra.

El contrabandista se echó el sombrero á la oreja, apretó el *vaguero* con los dientes, púsose una mano en la cintura y otra en la empuñadura del machete, y viendo al soslayo á su esposa la dijo:

—¿Quién *tea vestío* de figurón?

Doña Bárbara buscó á los estudiantes, estos como por un camino subterráneo se habían escapado lanzando unas carcajadas homéricas.

—Estaba probándome este traje nada más por broma.

—Pues *mía* lo que son las cosas, la tal probatina te va á costar una zurribanda de palos.

Diciendo y haciendo, sacó el machete y lo descansó de plano en los robustos hombros de su consorte.

Nuestros lectores no habrán calculado detenidamente lo que vale una fondista enfurecida.

Doña Bárbara respondió al agasajo de su esposo con su bautismo de su ensalada de pepinos.

Don Córpus contestó á ese sacramento con el de la confirmación, dándole un cachete á Doña Bárbara, que retumbó en todo el establecimiento. Mesas, cacerolas, servilletas, cubiertos y cuantos utensilios había en la fonda, volaron por la atmósfera hasta dejar la estancia como un campo de Agramante.

Abandonamos á los consortes en el *circo* del hogar doméstico, luchando como unas fieras, y nos encaminamos al campo de la liga donde pasaba un escándalo de mayor trascendencia.

### CAPITULO XIII.

#### DEL PRIMER GOLPE CONTUSO QUE SUFRIERON LOS CONVENIOS DE LA SOLEDAD Y CÓMO SE HIZO FAFALICES EL TRATADO DE LONDRES.

##### I.

Felipe Cuevas y su amigo de aventuras salieron huyendo de la fonda, por temor que el contrabandista les diese su merecido, como un premio por el primer figurín; exportación de la liga extranjera.

Dirigíanse á su alojamiento, cuando vieron á un oficial francés atravesar á escape por la plaza de San Andrés y dirigirse al cuartel general.

Como la situación era de expectativa, los amigos siguieron paso adelante hasta entrar en la habitación de Coutolenne, comandante militar de la plaza.

El oficial preguntó por la autoridad, y éste se presentó al reclamo del francés.

—Señor, dijo el enviado del campo enemigo, S. E. el almirante Jurien de la Graviere, pone en conocimiento de usted,

para que se sirva dar cuenta á su gobierno, que da por terminado el armisticio y por nulos los tratados de la Soledad; en consecuencia, las tropas regresan al punto de partida, y el ejército francés queda en libertad para emprender sus operaciones.

Coutolenne respondió, aparentando la mayor tranquilidad:

—Señor oficial, ruego á usted diga á S. E. el almirante Jurien de la Graviere, se sirva concederme un término para avisar á mi superior, porque este asunto es demasiado delicado para poder dar una contestación; además, que siendo un caso imprevisto, no tengo más instrucciones que vigilar la línea que se me tiene encomendada y obrar según las mismas órdenes.

Saludó el francés y violentamente tomó el camino de Tehuacán.

##### II.

Coutolenne dió aviso al general Zaragoza, que se movió violentamente para estar en guardia.

El gobierno supo esa determinación con bastante sorpresa, y el ministro Doblado pidió explicaciones.

Reuniéronse los plenipotenciarios de la liga y discutieron sobre la inconveniencia de tal paso.

Los franceses trataban de llevarlo adelante, pero viendo una tenaz resistencia en el general Prim y el almirante Dunlop, dieron una explicación bien poco satisfactoria.

Saligny aclaró el mensaje, diciendo que sólo se trataba de abandonar Tehuacán por lo *insalubre del agua*; pero de ninguna manera significaba aquel paso un rompimiento.

Siempre le ha parecido á S. E. el ministro de Francia insalubre *el agua*, no opina lo mismo respecto al *coñac*.

Remendóse aquella célebre alianza; pero ya el vaso de la *intervención* estaba roto, y hay cosas que no se soldan jamás.

Los disgustos continuaban, la falta de acuerdo era absoluta, las exigencias terribles y el descontento universal.

Los españoles, enemigos naturales de los franceses, y éstos de los hijos de la Gran Bretaña, no podían vivir en paz, y las reyertas se sucedían entre las tropas y comenzaba á tomar la situación una temperatura alarmante.

Sir Charles Wyke y el general Prim conferenciaban sin contar con Saligny, declaraban hasta en conversaciones particulares, que las reclamaciones de Francia eran injustas, y